

PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10^a edición francesa.

Empieza en la pág. 396.

CAPITULO XXVI.

La Caridad.

[CONTINUACION.]

Así queme quedé solo con Humbug, le pregunté si vendría conmigo á la instalacion de Dieah.

—No quiero faltar, doctor Paradoja, me dijo con una maligna sonrisa; usted me divierte mucho con sus magníficas teorías. Cuanto mas oigo á usted mayor aprecio hago de la grandeza de nuestras instituciones.

—Gracias por el cumplimiento, le contesté. Parece que mis ojos de la centralizacion hacen á usted el efecto de una demostracion de la libertad *per absurdum*. Usted debería ser mas caritativo, mi buen amigo, y pensar que hay en la tierra otros países que no son la América.

—Lo veo á usted venir, fanático por la unidad latina, piadoso adorador de la Francia. Tambien yo quiero á los franceses; los nietos de Lafayette son hermanos para mí; pero, permíteme ese pueblo injenioso: hace setenta años que va tras de un problema insoluble. Poseer la libertad en una carta y el despotismo en la administracion, es querer caminar atado de pies y manos. Todo el injenio del mundo escollaría en ese empeño.

—Así es, repuse sonriéndome al ver tanta vanidad. Veamos pues, hombre práctico, dígame usted qué es lo que falta á los franceses para elevarse hasta la civilizacion de los yankees.

—Una cosa sola, dijo muy formalmente. En todos sus sistemas han echado en olvido la pieza esencial. Sus politicos se parecen á Sam el distraído.

—¿Quién es ese Sam el distraído?

—Era el mensajero de mi aldea, dijo alegremente Humbug. Un muchacho lleno de sagacidad y de malicia, atrevido hasta la temeridad, económico hasta la avaricia, exacto hasta ser minucioso, era la gloria y el honor de Connecticut. No tenia mas que un defecto, y era que perdía la memoria. Un día que tenia que repartir mas de cincuenta paquetes en el camino, viósele muy inquieto y ajitado. "Me he olvidado de algo, se decía, pero ¿qué es lo que he olvidado? Llegó por fin al lugar, y hé aquí que sus hijos corren á recibirle. "Buenos días, papá, ¿dónde está mamá? Dios mío! gritó Sam golpeándose en la frente, eso me faltaba; he olvidado á mi mujer!"

Así acontece á los franceses. Tome usted al acaso una de las constituciones que les han fabricado por docenas, y encontrará usted al estado y sus derechos, al individuo y sus derechos; pero falta...

—¿Qué cosa?

—La sociedad, respondió Humbug. Jamas á un lejislador frances se le pasó por la imaginacion que la sociedad, esto es, la asociacion bajo todas sus formas, la libre accion de los individuos reunidos, tuviese un lugar en la vida politica de la nacion. Los americanos dánosle el mas ámplio dominio; el municipio, la iglesia, el hospicio, la escuela, la educacion superior, las ciencias y las letras. Cada asociacion es para nosotros como una familia ensanchada, y todas esas asociaciones elevándose de grado en grado forman otras tantas hiladas que parten del individuo para llegar al estado.

A decir verdad, la América no es mas que una reunion de familias que hacen por sí mismas sus negocios. ¿Hay nada en Francia parecido á esto? Allí solo una cosa se vé, la administracion, inmenso pólipio que brota por todas partes, que está asido á todo, que se lo toma todo, que todo lo sofoca.

Monstrum horrendum, immanc, ingens, cui lumen ademptum.

El país está cortado en dos: á un lado el poder, con todos los recursos de una formidable centralizacion, al otro una turba que obedece con mas ó menos voluntad. De ahí provienen todas las revoluciones que despedazan á ese hermoso país, de ahí el eterno milagro de ellas.

Tan pronto la autoridad es debilitada y reducida á la impotencia: se cree ensanchar la libertad y solo se llega á la anarquía; tan pronto se precipitan en el exceso opuesto, se estrechan todos los lazos; se cree servir el orden y solo se llega á la arbitrariedad. Espectáculo deplorable el de ese noble pueblo que no se levanta de un abismo sino para caer en otro!

—¿Y el remedio á eso, mi querido amigo? ¿No cree usted que el carácter nacional sea la causa de ese fracaso perpetuo?

—No cree, dijo Humbug, que haya pueblos nacidos para servir, no excepto ni aun á los negros. No veo por otra parte que la Francia haya hecho un mal uso de la asociacion. Gracias á la administracion que sobrenada despues de todas las revoluciones y que se enriquece en cada naufragio, siempre ha sido rehusada á los franceses esa libertad apacible que modera y encamina todas las demas. Se les ha dado diez veces un voto que de nada les servia, pero todavia aguardan se les acuerde el cuidado de sus negocios. Son reyes una hora, pero al día siguiente se les niega hasta la facultad de obrar y de hablar.

En tales condiciones todavia no está hecha la esperiencia; la soberanía no es la libertad. Con la primera un

pueblo no conquista á menudo mas que el derecho de perderse; con la segunda vive, crece y tiene en sus manos su fortuna y su honor. Cuando los franceses hayan ensayado el gobernarse á sí mismos, podrá condenárseles; hasta ese día nadie tiene el derecho de censurarlos.

Lafayette, cuyos escritos leímos nosotros, lo que quizas no sucede en Francia, reclamaba hace cincuenta años esa vida libre, esas libres reuniones que constituyen nuestra grandeza. Si yo tuviese el honor de ser compatriota de usted, esa sería la herencia que yo querría realizar. El hombre que enseñe á los franceses que la centralización los sojuzga, que solo la asociación puede hacerlos libres, habrá arrancado para siempre el jérmén de las revoluciones y plantado al fin en una tierra generosa el árbol que no se secará nunca. Ese hombre, con mas seguridad que un Arquímedes, podrá esclamar *Eureka!* pues habrá encontrado á un tiempo dos tesoros mas preciosos que todas las riquezas del mundo: la libertad y la paz.

—Bravo, Humbug! exclamé, eso es tener elocuencia. Pero, mi buen amigo, si usted fuera á contar tales fábulas á Paris, en Francia, le albanarían como á un soñador, si es que no le encerraban como sedicioso, en medio de los aplausos de la moderna Atenas.

—Eso no me admiraría; los atenienses de otro tiempo tenían su filósofo, que la Pitia proclamaba como el mas sabio de los hombres y por eso se apresuraron á matarle. Los ingéños de Agora, los hombres prácticos acusaban á Sócrates de ser un revolucionario y un ateo. ¿Qué es hoy de la memoria de aquellos grandes hombres de estado que repetían en todos los tonos que habían salvado la patria y que naturalmente hacíanse pagar el servicio? Un ciudadano no se detiene en esos obstáculos miserables. Defendiendo la verdad con una tenacidad invencible, muestra el escollo, lucha, grita hasta que las olas le ahogan; á veces salva á los hombres á pesar de ellos mismos, y nada espera sino de la posteridad. El reconocimiento es la virtud del porvenir.

—Estraño pueblo! murmuré. Entre estos especieros las convicciones tienen el calor de la pasión, en tanto que entre nosotros, pueblo heroico y teatral, las pasiones y los intereses es lo que. . . Guardé para mí el resto de la reflexión.

CAPITULO XXVII.

La escuela.

Sin dejar de conversar llegamos á la calle Federal. Frente de nosotros, sobre un montecillo que dominaba la ciudad y el campo, se alzaba con altivez un edificio de grande apariencia, una torre cuadrada, flanqueada de dos alas.

Si me hubiera hallado en un pais civilizado hubiera dicho: "Aquello es el cuartel de la jendarmería ó el hotel de la prefectura;" pero en aquel pueblo sin policía ni gobierno, aquello era el palacio del Abecedé, era la escuela! Se puebe juzgar á una nación por sus monumentos.

—Doctor, me dijo Humbug, cómo encuentra usted nuestro palacio de la juventud?

—Hermosísimo por fuera, le respondí, pero muy mal dispuesto. Veo allá arriba, en aquella puerta, unos muchachos de quince años y niñas de la misma edad que están juntos; eso es impropio. En toda escuela bien organizada se separan los dos sexos, precaución respecto de la

cual me parece que ustedes no tienen idea siquiera.

—Dos entradas para niños que van á estudiar á una misma sala! dijo Humbug. ¿Con qué objeto?

—En la misma sala! exclamé. Lo han pensado ustedes! Es el colmo de la inmoralidad.

—No veo de inmoral mas que la imaginación de usted repuso Humbug, riéndose.

Nuestros niños, querido doctor, son niños honestos. Entre nosotros no se halla mas que:

Virgines lectas fuerisque castas.

La escena es una gran familia donde solo hay hermanas y hermanas que se disputan el premio del estudio. ¿De dónde saca usted esas horribles linderas?

—Segun eso, mi buen amigo, los yankees de uno y otro sexo son unos ángeles.

—Los yankees, repuso el juez, son hombres que se toman la molestia de reflexionar y de discurrir.

—Y la Europa, repuso, con sus veinte siglos de experiencia no será entonces mas que una vieja caduca que no sabe lo que dice ni lo que hace!

—Querido doctor, dijo Humbug, los ingleses se burlaban de nosotros y ahora nos imitan. Antes de diez años no habrá en Inglaterra una sola escuela en que no estén juntos los dos sexos. Respecto de los demas pueblos de Europa, su educación ha sido por tanto tiempo clerical que habrán menester mas de un día para despojarse de su preocupación. Nosotros no educamos frailes ni soldados, sino que preparamos hombres para la vida ordinaria. ¿Por qué pues no hacer de la escuela la imájen de la familia y de la sociedad?

—Cuán imprudentes son ustedes! exclamé, que juegan con fuego.

—Somos padres de familia, repuso Humbug, sabemos por experiencia que para dulcificar el corazón, para formar el carácter é inspirar ideas generosas nada equivale á esta primera comunidad de trabajo y de estudio:

Enollit mores, nec sinit esse ferus.

Lo que es imprudente, insensato, es la pretendida abiduría de la vieja Europa. Separar á los niños de las niñas, enseñarles desde la primera edad que están entre sí en un polígono misterioso, turbar y excitar las imaginaciones jóvenes, y en seguida y repentinamente, en el momento mas difícil, echar en el mundo hombres ardientes y temerarios, mujeres inquietas, tímidas, sin defensa, es una locura de primer orden, perdoneme la gravedad, querido doctor. La educación claustral de ustedes es un dique que detiene y hace crecer todas las pasiones; nuestra educación con un habitua á nuestros niños á amarse como hermanos y á respetarse mutuamente.

—¿Es posible que los peligros de semejante sistema no sean para ustedes evidentes?

—Pregúntelo usted á nuestros maestros, me respondió. No hallará usted uno de ellos que no esté orgulloso con nuestras escuelas mistas. Esta es una invención y un honor de la América. Como siempre, hemos tenido confianza en la naturaleza humana y en la libertad; como siempre, hemos alcanzado éxito feliz.

En parte ninguna es mas sólida la instrucción ni mas moral que en nuestra querida institución.

La emulación entre los dos sexos es un aguijón sin igual. El hombre, por niño que sea, tiene vergüenza en ceder el primer puesto; la mujer es paciente, tiene la inteligencia mas despejada. Ella es siempre la que sobre-

sale en estos primeros estudios que nada tienen de abstractos.

Pero eso es secundario en la cuestion. Las niñas ganan así tanto respecto del carácter como de la voluntad como los jóvenes ganan á su vez respecto del corazón. Ellas aprenden á conocerlos, y, aquí entre nosotros, mi buen Daniel, los hombres no somos peligrosos sino en tanto que no se nos conoce. Las niñas respetadas se respetan á sí mismas; libres, se dan el lugar que les conviene, y en las recreaciones por ejemplo, una prudencia natural las separa de sus compañeros.

Respecto de los jóvenes, ellos adquieren en nuestras escuelas la delicadeza de sentimientos, la urbanidad caballerosa que sólo puede dar la sociedad de las mujeres. Qué hay mas feroz y mas brutal que el colegio inglés, abandonado á sí mismo y á la tiranía de sus mayores?

¿Ha leído usted á Tom Brown? eso es para avergonzar de la civilización! Antes preferiría yo vivir entre las pieles rojas que entre colegiales de Eton ó de Rugby. Entre nosotros por el contrario, todos los jóvenes crecen juntos. A los diez y seis años, á los veinte, sus relaciones son tan sencillas, tan fraternales como cuando se encontraban en los mismos bancos de la escuela. Mas de un casamiento tiene lugar entre esos antiguos compañeros de estudios; la estimación, la amistad es la que produce el amor, lo que sobrevive á este. La Europa, ese ídolo de tated, ¡ha imaginado nada que sea tan cristiano y tan perfecto!

—Eso es un sueño, dije.

—Entre usted, incrédulo, y verá que ese sueño es una verdad.

—Una palabra todavía, le dije. Todos esos niños son santos, convenido; pero ¿en dónde hallan ustedes hombres que sean capaces de educar esas alanzas celestiales? ¿Cuál es el maestro que puede á la vez animar la timidez de las niñas y suavizar la turbulencia de los niños? ¿Dónde buscar escéñix, que en cada localidad responda del honor y de la virtud de los niños que se les confían?

—Entre usted, respondió Hamburg y verá en la tarca á Dinah su protegida y talvez á su querida Susana.

—Está usted loco! exclamé golpeando en el suelo con mi bastón. A una mujer de veinte años es á quien se confía hombres ya de barbas? Bonito jeneral para semejante ejército! Oh! mucho han de respetarle.

—Otra preocupación del viejo mundo, querido doctor. Nada mas natural en un joven que ama á su madre y á su hermana que el respeto de la mujer. Lo que es menos común, es el obedecer á un maestro que amenaza y que castiga. La fuerza influye poco en el corazón de un niño; cuanto mas jeneroso es, mas resiste; pero no tiene defensa contra la dulzura y la afección. En este punto todavía la experiencia desmiente á la sabiduría antigua, que no es mas que un viejo error.

Las mujeres de la Nueva Inglaterra son las que, con una consagración de misioneros, se destierran entre la corrupción del Sud, ó en las soledades del Oeste, para educar á las jóvenes y darlas á la verdad y á Dios. Tenemos maestros que á nadie ceden como tales, pero nuestros institutores mejor dispuestos fracasan á menudo donde una joven yankee hace maravillas. La infancia pertenece á la mujer; es una ley natural que hemos tenido el mérito de reconocer y de aplicar.

—Amen, respondí enojándome de hombres. Vamos

pues á admirar á esas tímidas ovejas y sus dóciles cordeles, conducidos por una pastora no ménos inocente que su rebaño.

Entré de mal humor en la vasta sala; no puedo sufrir el desatino; pero lo confesaré para vergüenza mia, apenas puse el pie en el santuario, me sentí seducido.

Me encontraba en un salón, donde el aire y la luz entraban por anchas ventanillas. Las paredes tenían una limpieza esquisita, adornadas en trecho en trecho ya de cartas mudas, ya de cuadros de historia natural, ya de figuras de física y de geometría. Cada niño tenía su pupitro aislado por cuatro pasillos que se cruzaban á su alre, dedor.

Sentado delante de aquella mesa barnizada, que brillaba como un cejeo, solo, sin vecino, el discípulo es su propio maestro; si se distrae, si no trabaja, sobre él sólo recae toda la responsabilidad.

El institutor, colocado en una plataforma, vijila con una mirada las largas hileras de pupitros, colocados unos detras de otros; vijilancia poco necesario en un pueblo ambicioso, donde todos quieren instruirse para llegar á la fortuna y al poder. Los vicios de los americanos les sirven mejor que nuestras virtudes á nosotros.

Dinah estaba ocupada en una pieza vecina. El maestro de la vasta sala era mi Susana. En aquel momento la señorita enseñaba la geometría á siete ó ocho moços que—déboles esta justicia—escuchaban como buenos niños á su amable maestra.

—Venga usted, padre mio, dijo Susana llena de alegría. Tome usted este pedazo de tiza y demuéstrelos las propiedades del cuadrado de la hipotenusa.

Difícil me hubiera sido hacer una demostración; he sido demasiado bien educado por la universidad de Francia, para entender una palabra de geometría; todo lo que he retenido en este punto se reduce á una canción que quizás todavía se tararea en los alrededores de la Escuela política con el aire de *Culpiqi*.

Le carré de l'hypoténuse
Est égal, si je ne m'abuse
À la somme des deux carrés
Fait sur les deux autres côtés.

Dejé pues á Susana trazar en la pizarra el triángulo rectángulo ABC, elevar sobre cada lado un cuadrado, etc., y me escapé para que mi hija no tuviese que ruborizarse de la ignorancia paternal.

En una de las pequeñas salas (no habia ménos de ocho), Dinah interrogaba sobre los rios y riberas de la Francia, á niños de nueve á diez años. Me admiré de la memoria y del saber de esos niños, y franceses que, interrogado sobre la América, no habria podido ofrecer en cambio á esos pequeñuelos eruditos mas que el Mississippi, el Hudson y el Potomac, únicos rios de que jamas me hablaron. Verdad es que la América en nada nos ataña, mientras que la Francia, reina de las letras y de las artes, debe interesar prodijiosamente á los americanos. Es la admiración que sienten los bárbaros respecto de la civilización!

Después de la geografía siguió la lectura en alta voz y la declamación. Un hombrecito de nueve años se levantó y sin sentirlo ni desmenuello, recitónos uno de los pasajes mas poéticos del *Hicatha* de Longfellow. Aunque aquel niño prodijioso hablaba con acento nasal, vicio común en América, nos dijo ese trozo con suma exactitud de tono y verdadero sentimiento. Hay actores cólores que nunca se elevan hasta ahí.

Después de la poesía llegó el turno de la elocuencia.

Un niño de cabello flotante se levantó, puso sus pies en escuadra, y con voz animada entonó un himno á la gloria de América.

"Amigos y conciudadanos.

"Todavía os halláis en la infancia y sin embargo de eso sois ya el primer pueblo del mundo. ¿Cuál es el héroe del último siglo, el mas grande hombre y el mejor, el amigo de su país y de la libertad? El universo responde: Es Jorge Washington; un americano.—¿Quién era entonces el mas grande físico? Franklin, un americano. ¿El mas grande teólogo? Jonathan Edwards, un americano.—¿Quién es el mas grande jurista del siglo diez y nueve? El juez Story, un americano. ¿Quiénes son los primeros oradores de nuestro tiempo? Clay, Webster, Everett, Sumner, todos americanos.—¿Quiénes los primeros historiadores? Prescott, Bancroft, Lothrop, Motley, Tieknor, americanos.—¿Quién es el primer naturalista? James Audubon, un americano.—¿Quiénes son los mas grandes moralistas y los verdaderos sabios de nuestro tiempo? Channing, Emerson, todos americanos. ¿Quién es el primer novelista de nuestro siglo? La señora Beecher Stowe (1), una americana.—¿Quiénes son los grandes inventores? Wiltney, que imaginó la máquina para mondar algodón; Fulton, que creó el buque á vapor; Morse, que halló la telegrafía eléctrica; Maury, que trazó en los mares rutas infalibles: todos americanos.

"Animo pues, hijos de los puritanos: el porvenir es vuestro. Antes del fin del siglo seréis cien millones de hombres. ¿Qué vendrá á ser ante vosotros la Europa esclavizada y dividida? La naturaleza os ha dado los mayores lagos, los mas grandes rios, los puertos mas hermoseados. Teneis tierras fecundas y en cantidad inagotable. Vuestras minas de carbon son tan grandes como las de la Francia. La industria os ha dado mas caminos de hierro, mas buques á vapor, mas embarcaciones, que todo lo que poseen vuestros rivales; vuestros hombres son los mas valientes, los mas osados, los mas ingeniosos del universo; vuestras mujeres son las mas hermosas de la creación. Animo pues, raza bendecida del cielo! el mundo es tuyo, porque hoy eres á la vez el pueblo mas libre y el mas cristiano."

—Querido amigo, dije á Humburg, entre todas las virtudes que ustedes enseñan á estos niños santos, entra tambien la modestia?

Un poco de indulgencia, doctor, me respondió algo embarazado. En la educación de los niños, bueno es esforzar un poco el patriotismo. Es el medio de que mas tarde no supere el egoismo. Por lo demas, confieso que la vanidad es nuestro lado flaco; nuestro prodigioso crecimiento nos desvanece la cabeza y nos hace incurrir en mas de una falta. Pero que nos arroje la primera piedra aquel que no ha pecado. John Bull está convencido de que, por derecho de nacimiento, es el rey de los mares; y estoy seguro de que en Francia se repite en todos los tonos á la juventud que los franceses son el primer pueblo de la tierra, y que el mundo no tiene ojos sino para admirarlo.

—Que diferencia, exclamé. La Francia es la Francia!

—La América es la América, me contestó riéndose. Todos los cristianos estan imbuidos de la misma locura; no hay tontería á que no pueda ser arrastrado un pueblo, gritándole con aplomo: "Ingleses, robad esa provincia, sois Ingleses! Franceses, luchad á diestro y siniestro, sois Franceses! Americanos, sed insolentes con la Europa, sois Americanos! El orgullo nacional, es la bandera roja que se tiende al toro popular, cuando se le quiere hacer caer de cabeza en una celada. Mi querido amigo, arrojemos á manos llenas la educación, llevemos la luz á todas partes, si no queremos que el pueblo sea el eterno juguete de los charlatanes, que se burlan de sus mas nobles pasiones y de sus mejores instintos.

[1] También es esta la opinión de Alfredo de Musset. Un día que le encontramos inclinado sobre la *Cabala del Tze Tze*, lectura que devoraba con los ojos bañados en lágrimas, nos dijo con la mas profunda emoción: "He aquí el mas hermoso libro de la época. La señora Stowe ha encontrado en su propio corazón efectos de arte tales que ninguno de nosotros que somos artistas se osas de hallar en su imaginación." [Nota del Editor Francés].

En ese momento dió hora el reloj; era la de la recreación. Acendí el patio y allí encontré al amable Naaman, convertido en capitán de una nueva milicia. Trecientos ó cuatrocientos niños estaban formados en columna, las niñas de un lado, los muchachos del otro. Se abrió una puerta vidriera que daba al patio, colocóse allí un piano y hé aquí á Susana y á Dinah, tocando á cuatro manos la marcha de Oberon.

En el acto las columnas se abrieron en orden; los niños saltaban, corrían y se detenían á compás; la cadena se deshizo y se rehizo con una precisión admirable. Aquello era una mezcla de danza y de gimnástica que encantan la vista, algo de noble, de osado y de gracioso á la vez. ¿No era de ese modo que los griegos ejercitaban la juventud?

Por la primera vez comprendí por qué Platon colocaba la danza y la música entre los deberes del ciudadano. Yo estaba encantado y sin un resto de vergüenza y sin mi barba gris, de buena gana habria tomado mi puesto en aquel baile militar. ¿Por qué no habria yo bailado con aquellos niños? Los Sparciatas lo hacian y bien.

—Mi joven amigo, dije á Naaman, esto es encantador mi corazón se regocija con este espectáculo; pero ¿sácame usted de una duda. ¿Dónde estoy? ¿dónde me han traído? Esta casa elegante, estas mesas de tanto lujo, estos hermosos libros encuadernados, todo esto sin duda pertenece á una escuela particular, donde no son recibidos sino los ricos. ¿Quién es el director de este hermoso establecimiento?

—Siempre chistoso, doctor, díjome el hermoso pastor. Usted se halla en la escuela primaria del duodécimo distrito, barrio tercero. Tenemos ochenta casas de esta clase en nuestra buena ciudad de París y no es demasiado.

—Muy bien; pero ¿cómo el hijo del pobre puede proveer á los gastos de esta enseñanza costosa?

—De donde viene usted? exclamó Naaman. Ignora usted que la educación es gratuita? No ha examinado usted nunca su cuota de impuestos? Somos los hijos de aquellos puritanos que apenas desembarcados en los áridos peñascos de Plymouth, abrieron escuelas para combatir á Satanás, que así se llama la ignorancia. Lo que hay de diabólico entre nosotros es la materia; lo que hay de divino es el espíritu.

La escuela es nuestro amor, nuestra flaqueza; de ahí nace que constituye el aludido capítulo de nuestro presupuesto, que en los pueblos civilizados llenan la guerra y la marina.

Aquí, en nuestro Massachusetts, el gasto que se hace en escuelas es casi la cuarta parte de nuestros gastos generales. En el pequeño estado del Maine, es una tercera parte; lo que sería para la Francia un presupuesto de cuatrocientos á quinientos millones.

—Gran Dios! me dije, si esta jente no está loca, ¿qué es lo que somos? Dígame usted, señor Naaman, ¿quién vota esos fondos, y cómo estan administradas estas escuelas?

—El voto es comunal, respondió; los habitantes en conjunto fijan la cifra del impuesto. Este es tal vez el único gasto que aumenta siempre con aplauso de aquellos que los pagan. En este punto no hay partidos en América; todas las comuniones, todas las opiniones rivalizan para hacer de nuestras escuelas el establecimiento mas rico y mejor dotado del país.

—Y naturalmente, dije, cada comunión quiere dominar allí.

—No, repuso; usted se admirará tal vez de que ninguna influencia de iglesia penetra aquí. Cada lección comienza por la oración dominical y una lectura de la Biblia pero no la acompaña ninguna reflexión. La enseñanza es cristiana por el espíritu de nuestros maestros; ni es católica ni protestante. Aquí ofrecemos á nuestros niños el medio de buscar la verdad, los armamos contra la ignorancia, los preparamos para la buena lucha. Respecto de la enseñanza dogmática, está reservada á la iglesia y á las escuelas del domingo. De este modo evitamos perturbar esas tiernas conciencias, y á pesar de esto acor-

tamboramos a nuestros niños a considerarse todos como hermanos en Jesu-Cristo.

—Bien; pero quien responde de los maestros?

—El concejo de educacion, dijo Nauman, que es libremente elegido por todos los ciudadanos del mismo distrito, y que tiene sobre él al concejo central del estado. Esas asambleas se componen de los hombres mas considerables del pais. Es una gloria el ser llamado a vijilar la educacion. Nuestros mejores ciudadanos, los Horacio Mann, los Barnard rehusaron un puesto en el senado federal por continuar siendo directores de nuestras escuelas en Massachusetts y en Connecticut.

—¿Es posible?

—Que hay en eso de sorprendente? repuso el joven ministro. Cree usted que en un pais como el nuestro se pregunta qué es lo que hace la prosperidad y la grandeza de las naciones? En una república, en un estado donde el pueblo es soberano, es preciso vencer la ignorancia, ó ser por ella muerto; no hay término medio. Para educar a un pueblo que cree en la verdad y que la ama, nuestros políticos no han encontrado mas que un medio, y es ilustrarle, hacer del último ciudadano un hombre bastante instruido para que no le engañen, bastante prudente para gobernarse a sí mismo.

—¿Y ha sido resuelto el problema?

—Sí, el problema fué resuelto el día en que tuvimos escuelas tan bien atendidas y tan completamente gratuitas que no hubo un padre que se atreviese a negarnos sus hijos. Cuando la comunidad da todo hasta los libros, papel y plumas, ¿quién sería tan insensato ó tan culpable que no aprovechara la munificencia nacional y condenase a sus hijos a la ignorancia y a la miseria?

—Supongo que la educacion es obligatoria. Después de tales sacrificios, el estado tiene el derecho de obligar a la jente a instruírse. El no puede sufrir brutos en la sociedad.

—Hemos rechazado toda violencia; no porque hayamos dudado de nuestro derecho, sino porque tememos ligar una idea odiosa a un beneficio. La multa y la prision harian odiar nuestras escuelas; dejamos esos rigores a los gobiernos que se pagan mas de la obediencia que del amor de los ciudadanos. Hacer la educacion universal es toda la cuestion; hemos llegado a este fin excelente sin tocar a la libertad. Nuestras escuelas abiertas a todos los niños hasta la edad de diez y seis años, seducen y atraen a los mas rebeldes. En la Nueva Inglaterra no hallará usted un ciudadano nacido en el pais, que no haya recibido la instruccion de nosotros.

—Bravo! hé ahí una obra que hace el mejor honor a los cristianos de la América.

—Con ello gana la política, no ménos que la religion; repuso; hemos alcanzado un resultado sorprendente para los modernos. Por la perfeccion de nuestras escuelas hemos restablecido sin saberlo, la educacion comun, tan querida de la antigüedad. Nuestra enseñanza es bastante elevada para preparar al hijo del rico a entrar en un colegio; es bastante sencilla para no asenar al hijo del pobre, bastante sustancial para colocarle en situacion de ocupar su lugar en la sociedad, sin tener nunca que ruborizarse de su ignorancia.

Aquí es donde toda la juventud [entienda usted bien esta palabra: toda la juventud] viene a aprender la lectura, la escritura, la aritmética, la geometría y el dibujo. Agregamos a esto un poco de geografía, de historia, de física y de química, y no tememos hablar a esos niños de moral y de política. Les explicamos la constitucion de su pais; son ciudadanos. Gracias a la abundancia y solidez de nuestras lecciones, el hijo del millonario viene a educarse al lado del hijo del peon irlandés. Veo allá una de las hijas de Green jugando con la hija de una pobre frutera de la calle de los Nogales.

Aquí es donde reina la verdadera igualdad, la igualdad hacia arriba, que eleva; aquí se alimenta el patriotismo y el amor de la libertad. Formar una generacion es formar un pueblo; hé ahí nuestro lema, hé ahí lo que hace de nuestras escuelas un lugar querido de todos y para todos sagrado.

—Todo eso es bueno, exclamó, todo eso es grande; pero escúcheme usted mi último escrúpulo. Una vez instruidos así los hijos del pueblo, no tiene usted haberles inspirado al mismo tiempo una ambicion perversa? No arroja usted en la sociedad hombres descontentos con su suerte, no les ha dado usted deseos y necesidades superiores a su condicion?

—Esa es una vieja objecion que no corre en América hace mucho tiempo. Si abandonásemos a nuestros jóvenes al salir de este recinto, esos temores serian fundados; pero considere usted que nuestra sociedad y nuestro gobierno son escuelas que no se cierran nunca. Por otra parte, todos los hombres ilustrados que poseemos tienen a honra y se complacen en instruir a los ciudadanos. Ven usted nuestras paredes cubiertas de carteles: no hay noche en que no tenga lugar alguna lectura política, literaria ó científica.

La luz nos inunda; es preciso ser dos veces ciego para permanecer ignorante. Al lado de esta enseñanza libre, coloque usted la iglesia, siempre activa y las mil reuniones donde pobres y ricos estan siempre asociados para los trabajos de propaganda y de caridad. Afíada usted la vida política que ajita todas las ideas y fecundiza todas las almas. En fin, coloque usted, y en la primera fila, a la prensa, esto es la palabra pública que jamas se agota.

No existe una iglesia, una asociacion, un cuerpo, un individuo que no tenga su periódico; hasta los niños tienen el suyo. El *Child's Paper*, fundado hace cuatro años, tiene ya trescientos mil lectores, el mayor de los cuales no cuenta quince años de edad. ¿Quién resistiría pues a esa marca que sube siempre? ¿Quién no sería arrebatado por ese corriente de civilizacion que empuja a la humanidad hacia un porvenir mejor?

—Segun eso sois un pueblo de sabios?

—No, dijo sonriendo. La erudicion como las artes es el lujo de las naciones viejas; nosotros todavía no la poseemos. Somos advenedizos; pasará probablemente un siglo antes que tengamos los ocios que permiten un cultivo desinteresado; pero me atreveré a decir que somos el pueblo mismo ignorante que haya alumbrado el sol. Mire usted a su alrededor: aquí no hay campesinos sino arrendatarios, no hay peones sino artesanos. Al salir de la fragua, el trabajador se pone un fraque negro y va a oír una lectura sobre Washington ó sobre los nuevos descubrimientos de Livingstone en Africa. Su vecino, el joyero, irá a trabajar en una escuela de dibujo ó seguirá un curso de química. No obstante sus manos emagrecidas, los dos son *gentlemen*; gustan de los placeres del entendimiento lo mismo que usted.

Vaya usted al Oeste, entre usted en alguna *log-house* [1] perdida en los bosques; allí será usted recibido por la mujer del azadonero; la verá usted amasando pan ó batiendo la manteca. Espere usted la noche y oirá a esa misma mujer tocar el piano, conversará con usted de política, de moral y quizá de metafísica. No porque lea ella el *Perfect cookery*, dejará de apreciar a Emerson y de saborear a Channing.

Nosotros no damos a todos la riqueza material, aunque el bienestar sea mas fácil de conquistar en América que en ningun otro pais; pero a todos ofrecemos la riqueza que no recela ni el herrumbre ni a los ladrones. Al alcance del mas pobre ponemos los gozos intelectuales que en toda edad y en toda condicion, fortalecen y consuelan. Al hacer esto creemos cumplir la palabra del divino Maestro y conducir a los hombres hacia Dios, cultivando su entendimiento y su corazon.

Yo miraba a aquel joven con una emocion que no podia dominar; nunca vi baillar en un rostro humano tanto entusiasmo y tanta fé.

Para Nauman la ciencia y la religion eran un doble nombre de la verdad; las dos llegaban al corazon con igual fuerza; tenia para ambas el mismo amor.

—Amigo mio, exclamé, estoy venido por usted. Hé-

[1] Especie de choza construida con troncos de árbol; la primera morada del azadonero [peón] americano.

me aquí como San Pablo en el camino de Damasco anonadado por la luz y oyendo la voz que me grita: "Es duro dar codos contra el aguijón." Me rindo, mis ojos se abren. Veo, admiro la grandezza de este país. ¡Qué intensa vida! El corazón, el pensamiento todo está en acción: no hay sujeción, no hay barrera! el hombre es dueño de su propio destino; tiene en sus manos la felicidad y la virtud. Aquí no hay mentira oficial, la verdad reina; aquí no hay preocupaciones, no hay trabas; por todas partes resuena el grito de un pueblo embriagado de esperanza:—Adelante! adelante hacia un mundo donde la miseria será curada y abatida la fuerza, donde reinará el espíritu. Estoy orgulloso de ser ciu-

dadano de este hermoso país. ¡Viva la libertad! vivan los Estados Unidos! viva la gran república!

Mi voz fué ahogada por un redoble de tambor seguido de timbales retumbantes. Dos zúavos entraron en la escena; uno corrió hacia Susana y le tomó la mano con ternura, era Alfredo; el otro se me echó al cuello, era mi hijo Enrique.

—Padre mío, me dijo, los hombres del Sud han pasado el Potomac; Washington está amenazado; están movilizándose nuestras milicias, se llama á los voluntarios; y partimos esta noche. Venga usted pronto, mi madre le espera.

(Continuará.)



MARTIN RIVAS

En el próximo número empezará la publicación de esta novela de costumbres político-sociales, del literato chileno D. Alberto Blest Gana; y se dará su retrato.